



UNIVERSIDAD ANDINA
SIMÓN BOLÍVAR
Ecuador

20 años

Paper Universitario

TÍTULO

ACUERDO URGENTE Y AGENDA POR LA VIDA Y LA SALUD
(TESIS PARA UN MOVIMIENTO MUNDIAL COHESIONADO Y ORGÁNICO)

AUTOR

Jaime Breilh,
Director del Área de Salud
de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador

Quito, septiembre de 2012

DERECHOS DE AUTOR:

El presente documento es difundido por la **Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador**, a través de su **Boletín Informativo Spondylus**, y constituye un material de discusión académica.

La reproducción del documento, sea total o parcial, es permitida siempre y cuando se cite a la fuente y el nombre del autor o autores del documento, so pena de constituir violación a las normas de derechos de autor.

El propósito de su uso será para fines docentes o de investigación y puede ser justificado en el contexto de la obra.

Se prohíbe su utilización con fines comerciales.

TERCERA ASAMBLEA MUNDIAL POR LA SALUD DE LOS PUEBLOS¹

*Plenaria (P4): “Más allá de la crisis actual:
movilización por la salud para todas y todos” (Julio 10, 2012)*

Acuerdo urgente y agenda por la vida y la salud (Tesis para un movimiento mundial cohesionado y orgánico)

Jaime Breilh (Quito, Ecuador)²

Compañeras y compañeros, hermanos y hermanas de todos los rincones del Mundo, permítanme iniciar con algunas preguntas que debemos responder: ¿Qué es lo que nos corresponde lograr de esta 3era Asamblea Mundial por la Salud de los Pueblos? ¿Cómo vamos a honrar aquí y ahora la viva memoria de tantas y tantos que dieron el sacrificio de su vida por los derechos humanos y de la naturaleza?

Si la vuelta al Siglo XXI nos sorprende por la grave agudización de los impactos del modo de civilización actual, y una ola de protesta se extiende por el globo como signo histórico de inconformidad: ¿Cómo vamos a responder a los desafíos de esa realidad adversa, diferenciándonos de la retórica inútil y permisiva que predominó en recientes reuniones como las de Rio +20?

La patria sudafricana que nos acoge en Ciudad del Cabo demostró en la lucha victoriosa contra el régimen del apartheid que los pueblos pueden derrotar los imperios, y la injusticia extrema que los sustenta. Inspirados en ese ejemplo histórico de coraje y fuerza, acudimos a esta asamblea para hacer visible ante el mundo que somos capaces de rebelarnos; que la energía solidaria y creatividad que emana de nuestras comunidades y culturas es el mejor antídoto contra la irracionalidad y ceguera de esa minoría poderosa que obstaculiza la construcción de un mundo centrado en la vida, en la vigencia solidaria del bien común y en la multiplicación de modos de vivir saludables y bio-seguros.

Nuestra presencia aquí y ahora coincide con la formación de una conciencia global de que los modos de producir, de comerciar, de consumir, de aprender, de relacionarnos con la naturaleza, de comunicarnos, y de hacer cultura, que el Capitalismo mundial ha producido, son lo opuesto de lo que debemos hacer para forjar el bienestar de la humanidad y proteger la vida sobre la Tierra.

¹University of the Western Cape, Ciudad del Cabo, Sudáfrica, del 6 al 11 de julio de 2012

²Jaime Breilh, Md.MSc.PhD. Director del Área de Ciencias de la Salud de la Universidad Andina Simón Bolívar – Sede Ecuador; jbreilh@uasb.edu.ec

Estamos aquí con un espíritu internacionalista para escuchar, compartir, entender y reflexionar críticamente sobre los viejos y nuevos trastornos sociales y sanitarios que se reproducen en nuestros países, sometidos al chantaje de los dueños del poder. Si bien los problemas en cada región son diversos, necesitamos esclarecer y develar con precisión cuál es el denominador común de tanto sufrimiento. Qué es lo que tienen en común, por ejemplo, las movilizaciones de los pueblos de América Latina contra la minería y el ciego extractivismo; las revueltas de Johannesburgo contra la persistencia de tanta inequidad; las protestas de los inmigrantes de París y Londres contra la discriminación; las ocupaciones de Wall Street, Chicago, Seattle y Wisconsin contra el salvataje bancario; la lucha del pueblo egipcio para que la primavera árabe signifique un cambio verdadero; las movilizaciones de los estudiantes de Chile, o de Quebec y Montreal, ante los ajustes regresivos de la educación superior. Necesitamos comprender las raíces estructurales y políticas que subyacen en todos esos casos, para lograr unidad y eficacia, e impedir que la energía vibrante que aquí predomina no se disperse y disuelva en un activismo inorgánico.

No es hora de paños tibios ni devaneos tecnocráticos. No vamos a repetir aquí la indolencia de aquellas reuniones de políticos, representantes empresarios y tecnócratas, como la Rio + 20, que no fueron siquiera capaces reconocer en su reciente declaración final, que ni una sola de las 27 promesas o compromisos suscritos en junio de 1992 fueron cumplidos por los Estados que suscribieron la carta de Río y que, por el contrario, la complicidad de los gobiernos con el ejercicio impune de prácticas industriales y financieras altamente destructivas, pone al desnudo la esencia del pensamiento que predomina en esos cónclaves del poder: son funcionales al gran capital; son antropocéntricos; son uniculturales; y finalmente son inoperantes.

Ahora se hace más visible el metabolismo e interdependencia que existe entre la vida de los humanos y la vida en la naturaleza; hecho magníficamente descrito por la economía política desde el siglo XIX y enunciado por el saber ancestral desde varias culturas. Comprendemos por tanto que la lucha por la vida humana y por la justicia sanitaria en el acceso a los servicios que curan la salud de las personas no es suficiente, no es sustentable, y ni siquiera posible, si a la par no derrotamos la civilización de la muerte que deteriora cotidianamente la salud de la gente y ahoga la Madre Tierra como fuente de la vida.

Los programas de salud pública reconocidos por sus logros importantes en la equidad y accesibilidad en salud, como es el caso por ejemplo del programa magnífico de atención universal de la discapacidad organizado por la Vicepresidencia del Ecuador, operan en el contexto determinante que hemos descrito, el cual contrarresta esas ganancias. Así, la exposición masiva a pesticidas en el trabajo, en las comunidades vecinas, y en los alimentos, genera condiciones que determinan un incremento de la incidencia de discapacidad debido a que provocan intoxicación crónica, malformaciones congénitas, inestabilidad genética, impactos en el retardo neuromotor de miles de niños o discapacidad física y neurológica en muchísimos trabajadores del agro.

Entonces en el seno de esa realidad, la afirmación de *otro mundo posible* será una retórica vacía, si no detenemos la insaciable maquinaria de destrucción de los derechos humanos y de la naturaleza que ha montado una minúscula élite empresaria, que se erige en dueña del mundo, y coloca al planeta y al futuro de la especie humana al borde del abismo.

Ante eso, ¿qué podemos decir del sector salud de cara a esa compleja determinación social de la salud? Un hecho clave es la necesidad de comprender la necesidad de poner fin a la preeminencia del modelo biomédico –nacido y nutrido en el reino del complejo empresarial médico-farmacológico-.

La comprensión medicalizada de la crisis de la salud interpreta el derecho a la salud solamente como el acceso individual privado al servicio, considerándolo una mercancía, o en el mejor de los casos a un servicio público meramente asistencial. Por el contrario, debemos dar paso a una concepción integral de la salud -que corresponda a la lógica de los pueblos y del bien común-, y que asuma como parte sustancial del derecho a la salud, el disfrute de un nuevo modelo de civilización. La quintaesencia de nuestra lucha ahora es la conquista social de nuevos modos y estilos de vida en espacios saludables de trabajo, de la vida en barrios y domicilios, en mercados con productos seguros, en espacios deportivos no alienantes, y bajo formas saludables de vivir con la naturaleza. En síntesis, vivir en todos esos espacios en condiciones de dignidad, bioseguridad y perfeccionamiento humano, protegiendo los frágiles ecosistemas naturales, con lo cual se crean las condiciones indispensables para desarrollar cuerpos y mentes individuales saludables. El típico aburguesado “American way of life”, tradicionalmente exportado como sinónimo de desarrollo humano resulta ahora una expresión de alienación y decadencia que contradice las posibilidades de los que llamamos el *buen vivir*³ y la capacidad vida sustentable, no subsumida en la lógica mercantil y en los circuitos de contribución a la acumulación de Capital.

La concepción cultural de consumismo desenfrenado y éxito individual medido por la posesión de una lista siempre cambiante de bienes materiales de moda fue resultado de más de dos siglos de mercantilismo en beneficio de los intereses de codiciosos empresarios que terminaron colocando al planeta y a la especie humana al borde del abismo. Esos patrones de medir el desarrollo por el ritmo de consumo han operado como obstáculos para la construcción de dicho *buen vivir* y de condiciones eco-sistémicas sustentables. Siempre en nombre del progreso y de un bienestar que nunca llega, el poder del capital ha forjado una economía de la muerte, que no deja espacios reales para la reproducción social y de la naturaleza. En ese tipo de contexto agendas como las “metas del milenio” se aprecian como medidas de apariencia que operan como una especie de placebos sociales.

³Categoría que surge de una doble vertiente, por un lado el pensamiento ancestral del “sumak kawsay” de las culturas indígenas, y por otra parte, la noción de modo de vivir saludable de la epidemiología crítica.

La estafa centenaria de nuestro sistema, estudiada y pronosticada desde el Siglo XIX, se hace visible ahora en toda su perversa magnitud. En épocas anteriores el sistema capitalista pudo superar sus crisis cíclicas, ocultar su esencia fallida y compensar su ineficacia social, incorporando innovaciones tecnológicas y controlando el mercado de trabajo para bajar el precio de la fuerza de trabajo.

Pero a comienzos de este siglo, cuando la forzosa rotación tecnológica presionó para abaratar la fuerza de trabajo, el desfogue de las urgencias de acumulación y remplazo se dio extrayendo trabajo de sectores no capitalistas, usando masas de inmigrantes y desplazando la producción hacia países con gran oferta de trabajo barato (el llamado “outsourcing”) como México, la China u otros países asiáticos. Todo eso gracias a la complicidad de los Estados, despojados por el poder imperialista del principio de soberanía y gobernados por un aparato político vinculado al gran capital. Ese contubernio fue clave para el desmantelamiento de los derechos sociales y laborales, la desregulación laboral y ambiental, y la aplicación ahora de recursos tecnológicos y procedimientos industriales peligrosos para acelerar la ganancia, dados en la convergencia de usos oportunistas de la biotecnología, la nanotecnología, la biología artificial y las neurociencias. No debe sorprendernos que en esas circunstancias se multipliquen procedimientos como la modificación genética o la aplicación cotidiana de antibióticos y hormonas para la cría animal en gran escala que, a más de producir un masivo sufrimiento animal, determina la presencia de residuos de agrotóxicos que penetran los alimentos que comemos o la leche materna con que nuestras mujeres alimentan a sus hijos.

La civilización del mercado se nos ha impuesto por vías materiales y espirituales. La gente, sea como trabajadores o consumidores ha sido condicionada para organizar su vida cotidiana y en definitiva la operación de su cultura bajo el molde consumista. Y claro la industria cultural y los medios hegemónicos completan el círculo de sometimiento o subsunción colectiva, dejando a la fuerza militar el trabajo cuando la subordinación pacífica no es posible.

De frente a esta adversidad nosotros los trabajadores, académicos, estudiantes y ciudadanos del Norte y del Sur, mujeres y hombres, desde diversas situaciones de clase social, opciones de género, identidades etno-culturales y líneas políticas, y desde distintos horizontes regionales, queremos transformar los modos de producción y de vida malsanos, los itinerarios industriales, las grandes cadenas comerciales que llenan los bolsillos de sus codiciosos dueños, mientras reproducen malos usos de la tecnología, ecosistemas degradados y contaminantes. Problemas que no se corrigen ni solucionan con buenas intenciones y engañosos estudios de impacto ambiental o social.

Tenemos que asumir la elaboración urgente de una anti-agenda de desarrollo que nos permita articular nuestra importantes reivindicaciones y luchas locales en el

marco de una cohesionada movilización internacional contra la civilización reinante.

Puntos claves para nuestra declaración y agenda

La Asamblea Mundial por la Salud de los Pueblos puede contribuir de diversas formas al fortalecimiento de una movilización mundial por otra vida posible, aplicando las fuerzas sociales, espirituales y materiales de las que solemos echar mano los pueblos del mundo ante las crisis.

Como es de rigor en los eventos de esta magnitud hay que producir una declaración consistente, que sirva como instrumento de orientación y convergencia en la lucha mundial. Una proclama que pueda servir para el debate crítico sobre la realidad, la investigación debida, las políticas públicas, el discernimiento de prioridades de acción y programas de educación.

Esta no puede contagiarse del espíritu tecnocrático, ambigüedad y futilidad de las agendas funcionalistas que circulan en el mundo. Tiene que constituir una especie de anti-agenda de los pueblos donde consten las líneas de acción enfocadas en la lucha contra la civilización del lucro desmedido e injusto.

Para actuar el movimiento mundial debe cohesionarse alrededor de lo que Matus llamó el triángulo de la política: un proyecto político emancipador claro; un bloque político de sujetos sociales organizados; y un soporte científico técnico.

Para concretar a su vez dicho triángulo de la acción debemos comprender la geografía y la historia de nuestra movilización: una planificación y organización por regiones con sus demandas específicas, pero eslabonadas por procesos globales que afectan la vida en todas las latitudes; y unas redes que confronten los procesos críticos de cada espacio histórico y se coordinen bajo principios de solidaridad e interculturalidad crítica.

* Nuestra declaración debería posicionarse frente al debate sobre el modelo de desarrollo: denunciar la incompatibilidad del modelo de crecimiento macroeconómico por acumulación monopólica, y defender un desarrollo socio-bio-céntrico. Como lo hemos sostenido antes, son tres los imperativos para alcanzar una sociedad centrada en el derecho social y los derechos de la naturaleza: a) capacidad sustentable y soberana de cada territorio, para generar los bienes materiales y espirituales que deben reproducir y garantizar el buen vivir; b) una organización solidaria del poder público y comunitario y la conducción social-pública del poder; y c) la construcción de espacios/procesos saludables, bio-seguros en las unidades de trabajo, espacios doméstico y de consumo, organización social, generación de cultura y relaciones con la naturaleza.

Lo anterior implica plantear la inconveniencia de la producción y economía de gran escala, en todos los campos, pero especialmente en la agricultura, la minería

y el comercio. Para eso es indispensable implementar en el seno de los organismos de integración regional las políticas, normativas y mecanismos institucionales de una nueva geopolítica y arquitectura financiera que opere para disuadir y disolver los monopolios agrícolas, mineros y comerciales, etc. mientras que, alternativamente, cree condiciones de una economía de escala regulada y de viabilidad, estímulo y protección para los pequeños y medianos productores que acudan a procedimientos agro-ecológicos e industriales bio-seguros.

El caso de la agricultura es emblemático para abordar la determinación social de la salud, pues se vincula a la bioseguridad de grandes masas de trabajadores, comunidades de las zonas agrícolas y consumidores de alimentos de las ciudades, así como a las condiciones de sufrimiento animal en la cría industrial que los asume como materia prima productiva y no como seres vivos con derechos. Por eso, nuestra declaración debe hacer hincapié en la necesidad urgente de un cambio de modelo agrario que no sólo se refiere a la convencional búsqueda de justicia en el reparto de la tierra, sino a una recuperación del papel original de la agricultura como proveedora de soberanía y seguridad alimentaria. Se escucha en los foros de salud pública una retórica sobre la seguridad alimentaria, mientras en nuestra propias narices se desborda el crecimiento de grandes monocultivos y el acaparamiento transnacional de las mejores tierras agrícolas (“landgrabbing”). Según un reporte reciente en África las potencias han comprado más de 50 millones de hectáreas de tierras de alto potencial productivo; en el Sureste de Asia 30 millones; en Sur América más de 7 millones y en Europa del Este se han comprado más de 3 millones. Y sabemos que la apropiación de tierras presupone la de fuentes de agua, todo eso a la par que el control casi absoluto sobre semillas transgénicas y agrotóxicos por parte de gigantes como Monsanto, y el creciente monopolio de la cadena comercial de alimentos por empresas globales como Carrefour y Wal-Mart. Acaso vamos a pretender honestamente que los programas escolares y las divisiones de nutrición de los ministerios de salud bien intencionados, puedan construir seguridad alimentaria en un mundo donde el *agribusiness* domina la producción y comercio de alimentos.

* Si los pueblos del mundo logramos cambiar los fundamentos de la civilización humana eso implicará invariablemente una transformación de la matriz energética basada en el consumo de combustibles fósiles o energía nuclear. Mientras tanto el Movimiento debe denunciar los peligros ambientales y para la salud de las soluciones propuestas por el capitalismo “verde” como los agrocombustibles que en muchas partes producen en inmensos territorios de caña transgénica o palma africana.

* Los sistemas productivos no sustentables producen enormes acumulaciones de desechos peligrosos, a lo que el consumismo urbano añade la carga de su masiva basura, todo lo cual implica la necesidad de transformar los sistemas municipales de procesamiento de desechos fraudulentos y muchas veces organizados como ineficaces pero lucrativos negocios.

* Si luchamos por una reforma sanitaria de conducción o rectoría público-social, tenemos que articularla alrededor de la salud como un derecho fundamental irrestricto, ligado a la vigencia de los otros derechos que hacen posible el buen vivir y garantizado por el Estado, sin limitaciones. La implementación del sistema nacional de salud debe combinar el desarrollo intra-sectorial de asistencia y prevención familiar basado en una red pública gratuita, alimentada por una programa público de producción/comercialización de medicinas, con el desarrollo intersectorial de prevención y control aplicado al control y prevención de procesos críticos determinantes. Parte sustancial debe ser un sistema nacional participativo de control ciudadano, veeduría y rendición de cuentas.

* Pero la salud no comienza y se reproduce, única y esencialmente en las personas y sus problemas clínicos, y si bien hay que ofrecer eficaces y equitativas acciones curativas (salud individual), hay problemas que se producen, observan y afrontan en los conglomerados sociales y sus espacios de vida; que no se atienden en consultorios y hospitales sino mediante acciones sobre las actividades económicas de producción, las medidas jurídicas, y en general de acciones orientadas a la transformación de las inequitativas y malsanas relaciones e instituciones sociales (salud colectiva).

Por eso, si el PHM quiere contribuir al desarrollo profundo del derecho a la salud, tiene que abarcar mucho más que la reforma de los servicios de salud (derecho individual), sino enfrentar los problemas de las comunidades, grupos sociales y sus ambientes (derecho colectivo). En términos jurídicos ese desafío ampliar la cobertura de la justicia sanitaria, lo que los abogados llaman la justiciabilidad (ampliar obligaciones y tutelas) y la exigibilidad (mecanismos de cumplimiento y vigencia).

Tenemos que establecer en cada región los mecanismos jurídicos para contrarrestar y prevenir los procesos determinantes que dañan la salud y la naturaleza tanto en el nivel general de la sociedad, como en los colectivos sociales particulares, cuanto en los individuos y sus familias. Para eso debemos construir creativamente la articulación activa de tres elementos interdependientes: un nuevo proyecto jurídico asentado en un paradigma distinto; la conformación de bloques sociales de afectados e interesados dispuestos a movilizarse; y un conocimiento técnico robusto que permita dotar a las leyes y normas de indicaciones específicas que permitan constatar con precisión su cumplimiento. Sólo así podremos romper el halo de impunidad y falsa legitimidad que sostiene la invulnerabilidad legal de los grandes negocios.

* Nuestro movimiento se basa en una integración de diversas perspectivas culturales pero acogemos una *interculturalidad crítica* como relación estratégica / dialógica entre sujetos culturalmente diferenciados, para construir, contraponer y deconstruir un proyecto social emancipador. La noción de interculturalidad ha sido distorsionada por el culturalismo funcional; para nosotros implica: ligar la cultura a sus relaciones sociales de poder; construir los derechos en equidad; el

reconocimiento, respeto por las otras culturas como fuente legítima de conocimiento; y la necesidad de mutuo consentimiento en el diseño de estrategias.

* Debemos montar una eficiente y sustentable red internacional de estudio, monitoreo y generación de ofensivas frente a los tratados y acuerdos internacionales que refuerzan los monopolios, no solo de medicinas y equipamientos terapéuticos sino de recursos vitales para la alimentación, la vida y la salud. Dicho modelo de acuerdos busca imponer normas internacionales que determinan la pérdida de soberanía, controlar el sistema de compras públicas, el blindaje jurídico de las inversiones extranjeras, la apropiación de la propiedad intelectual y otros mecanismos de despojo y fraude transnacional.

* Debemos denunciar el actual sistema de financiamiento de la investigación y de las publicaciones científicas debido a la constante sumisión de sus bases conceptuales, métodos y su manera de construir y presentar evidencias a los intereses estratégicos de sus auspiciadores empresariales.

* El Movimiento debe enfocar críticamente los sistemas e gobernanza de la OMS y otras agencias de cooperación, demandando permanentemente la rendición de cuentas de esos fondos públicos internacionales, de sus agendas, para evitar la persistencia de formas de subordinación de sus gestores a los designios políticos de potencias o de las grandes empresas.

* Los medios de comunicación con frecuencia se convierten en instrumentos de grupos de poder. Muchas veces los periódicos y la televisión operan a favor del control político de la población, diseminando ideas, información y valores convenientes a la hegemonía del complejo industrial farmo-médico. El llamado poder de los medios, ligado a corporaciones industriales y financieras se convierte en un obstáculo para el avance de la conciencia sobre el derecho integral de la salud. Nuestro movimiento debe explorar concienzudamente todas las potencialidades de las tecnologías de información y comunicación y sus redes sociales para articular su potencial a nuestras líneas de acción.

En resumidas cuentas el desafío mayor de la hora es desatar el nudo gordiano de la contradicción entre el crecimiento económico indispensable para financiar los servicios públicos en equidad, y la no pocas veces conflictiva necesidad de poner límite y regular la escala de la economía, para permitir la transformación de la civilización de la modernidad capitalista, única manera de hacer posibles y sustentables la vida y la salud sobre la Tierra. La falta de conciencia sobre esa compleja contradicción y la aplicación del modelo de la acumulación de capital como principal y segura proveedora de excedentes y recursos para un desarrollo social equitativo está condenada al fracaso porque va contra natura frente a la necesidad de cambiar el sistema de distribución y porque deja un cúmulo de los que los economistas llaman externalidades como las que hemos descrito. Esa fórmula definitivamente no está funcionando para el buen vivir y está empujando a los gobiernos que se auto proclaman progresistas a reprimir a su pueblo y criminalizar la protesta.

Para concluir permítanme expresar mi gratitud a este hermoso país por su hospitalidad; a nuestros compañeros sudafricanos. Gracias a la histórica Universidad de Western Cape, gracias al Movimiento y a todo este increíble y colorido conjunto de luchadores que llenan este foro, por el privilegio de interpretar para ustedes algunas ideas surgidas del pensamiento crítico latinoamericano y de mi percepción de las luchas de mi país el Ecuador, con el fin de contribuir al avance y mayor cohesión orgánica del Movimiento Mundial por la Salud de los Pueblos.